

EL CASERÍO



Es el rasgo peculiarísimo, la nota saliente del nobilísimo suelo bascongado.

No es la casita de campo de Castilla, no es la choza de los pastores de Galicia y Asturias, no es la cabaña del labrador de la Mancha, no es el cortijo de Andalucía.

El caserío constituye la aldea, el pueblo, el villorrio, pues que esparcidos por el monte ó la ladera, los caseríos forman, en muchos lugares la mayoría de la población. En Irún y Fuenterrabía, por ejemplo, los caseros aportan un gran contingente de vecinos, pudiendo considerarse al Jaizkibel como una importante barriada.

En la Mancha, en Galicia, en Asturias, en Andalucía, en las dos Castillas se recorren largas distancias, sin encontrar rastro ni vestigio de seres vivientes; aquí, por el contrario, el terreno está sembrado de caseríos, y á cada media docena de pasos hallamos moradas de honradas familias, que son la providencia del caminante, y dan animación á lo que de otro modo sería una soledad, un desierto, toda vez que existe una solidaridad perfecta, una estrecha fraternidad entre todos los caseros, que viven unidos por el afecto mutuo, cual las estaciones telegráficas se unen por los hilos conductores que forman el circuito.

Hay, además, otra notable diferencia.

En las provincias bascas, el casero, ya sea propietario, ya sea colono de la finca, en ella habita á sus anchas, rey de aquellas tierras que beneficia y explota, y, con una yunta de bueyes y tres palmos de huerta, recoge el fruto necesario para su sustento y para el mercado; es en cierto modo independiente y dueño de su persona, y distribuida así la heredad, repartido así el suelo, no se conoce la miseria ni hay verdaderos pobres.

¡Cuán distinta es la vida en otras provincias!

Atravesaremos leguas y leguas, iremos de pueblo en pueblo, y todas las tierras, todos los caseríos, todos los bosques, todos los collados pertenecen al mismo individuo, todo está centralizado y acaparado por los mismos caciques, que explotan al obrero, y son dueños absolutos de vidas y haciendas, señores de horca y cuchillo.

¡Quién no se encanta ante la contemplación del casero bascongado!

El poeta que entonó ditirambos á la vida del campo no conocía, sin duda, la vida del caserío, la vida rural en estas montañas, porque, seguramente, que de conocerla, habría reservado para describirla todas las galas de su fantasía.

Yo que en varias ocasiones y por diferentes sitios he examinado de cerca la vida íntima del caserío, he penetrado en las interioridades del hogar, y he gustado las delicias, realmente paradisíacas, de esa clase especial, me he convencido de que sólo en la tranquilidad de dicha vida, existe la paz del alma, el sosiego del espíritu; que sólo en el ambiente del campo se respira el oxígeno que purifica y regenera; que sólo en la sencillez de los caseros resplandece la verdad, mientras que en las capitales hay mucho de fingimiento y engaño, envidias y rencores, venganzas y castigos; abrasándonos, tanto la viciada atmósfera á la que el progreso colmó de miasmas y emanaciones nocivas, cuanto el caliginoso hálito de las discordias políticas.

Ved el caserío; su construcción es antigua y sencilla; de empinada techumbre, de espacioso alero, de amplios balcones de madera. Junto á la puerta, los útiles de labranza, y á los lados de ella, para completar el cuadro, la paja que ha de recubrir el establo, las panochas de dorado maíz, alimento del ganado, las pirámides de heno, que guardan el abono de los campos; todo lo cual, si no contribuye á embellecer tan modestas viviendas, está pregonando que allí se alberga la honradez, que allí se rinde culto al trabajo.

En el caserío es donde se conserva puro todavía el carácter del pueblo bascongado, la santidad de sus patriarcales costumbres; donde aún puede dormirse con la puerta abierta, donde se respetan los recíprocos derechos, sin que precedan demarcaciones, sin que haya ocasión de que intervenga la curia.

El casero no frecuenta cafés, no dispone de casinos, pero se acuesta con el sol y se levanta con el alba, trabajando durante el día y descansando por la noche, según expresión de D. Miguel Echegaray en su

lindísima comedia *El Enemigo*, no andan más que los serenos y los libertinos.

El casero no asiste á sociedades, ni trasnocha en berbenas, tiene bastante sociedad con su familia, con la que reza el santo rosario, dando gracias á Dios por los beneficios recibidos, para levantarse temprano al día siguiente y emprender el cotidiano trabajo, después de ofrecer al Señor las obras y encomendarse á su protección y amparo. ¿Qué le importa á él la vida del gran mundo, si todo es ficción y mentira; si en la sociedad moderna todo se vende y con todo se comercia, el honor, el parentesco, la salud, la vida; si en el siglo del vapor, todo se falsifica, el pan que nos sustenta, el vino que nos fortalece, la amistad con que nos brindan?

Cuando considero todo eso; cuando veo que al caserío no ha llegado la marea del adelanto, pero que, ciertamente, tampoco llegó la podredumbre de la época, la escoria de los pueblos, ni la malicia de los hombres; cuando reflexiono que los grandes crímenes, las mayores abominaciones se registran en las capitales más populosas y adelantadas, no puedo menos de bendecir el dichoso atraso de los caseros, y preguntar:

¿EL PROGRESO EXISTE?

ANGEL LÓPEZ Y PLAZA.

CURIOSIDADES BASCONGADAS



PREGUNTA 90

¿Cuándo empezó á cultivare, en la región euskara de allende y aquende el Pirineo, la planta del tabaco? ¿Cuál es su historia, en dicha zona, hasta nuestros días?

